

Jorge Campos en el Rose Bowl de
Pasadena, California, en 1996.
(Fotografía: Stephen Dunn / Allsport)

Los guantes de portero

Roberto Ríos Michel

DAVICITO AGARRA LA AGUJA Y EL HILO de cáñamo y se dirige a la enramada donde está colgado el chinchorro de su padre. Aunque acaba de llegar de la escuela —una hora a pie, quince minutos en panga—, debe reparar los hoyos que han dejado anoche en la red las tenazas de las jaibas. Davicito arrima un taburete y se sienta.

Frente a él está la laguna. Buena parte cubierta de lirio. Un canal la divide en dos y asoma una superficie cristalina, de orilla a orilla. Las canoas no se aventuran entre el lirio. Es peligroso, hay animales y montículos de lama que lo succionan a uno como si fuera un desperdicio.

Antes, junto a la enramada, estaban también las casas de los hombres. Pero desde el año pasado que se salió el agua han preferido hacer sus casas del otro lado. También hicieron un campo de fútbol. Y juegan todas las tardes. Hasta hace unos días Davicito jugaba igual con ellos. Ahora sólo mira. Su padre ha hablado con él. Ha sido muy claro al respecto.

Una parvada de alondras pasa a ras del agua, cazando con sus picos el plancton de la superficie. Luego elevan el vuelo y se esconden entre los palos guajes.

Davicito une la aguja en la red e intenta zurcirla. No puede. Todavía siente los calambres de la golpiza de ayer. Agobiado, apoya los codos en las piernas y arquea ligeramente el tronco. Si tan sólo las tuviera buenisanas, piensa, y se mira las manos. Luego suspira. Un estremecimiento le recorre el cuerpo. Se estruja en el taburete. Como ha sido en los últimos días, sabe que no tendrá listo el chinchorro a la hora en que llegue su padre.

Davicito va a cumplir doce años. Aprendió el trabajo de remiendo desde los siete. De un tiempo para acá, sin embargo, algo ha fallado. Saca cuentas y piensa que la culpa viene desde aquel día en que a su padre se le ocurrió atrapar el crío de caimán. Es lo que piensa. Pero él sabe que no es cierto. Bien sabe que viene haciéndolo mal desde más tiempo, desde que se le metió en la cabeza la idea esa de ser portero, como Jorge Campos. Y en eso su maestro de escuela había tenido mucho que ver. Fue él quien le regaló la revista donde se leía que Jorge Campos había sido también pescador de niño. Desde entonces no quería ser otra cosa que no fuera Jorge Campos. Por eso el brete de cuidarse las manos, de dejar de apretar los rombos de los remiendos para no herírselas con el hilo del cáñamo. Su padre no lo había notado. Hasta que tuvo esa maldita idea de pescar el caimán.

Fue hace unos días, recuerda. Lo vio volver temprano. Bajó de la panga —bufaba maldiciones—, y dio largas zancadas hasta donde él remendaba el chinchorro de repuesto. Se le había escapado el crío del caimán, le dijo. Era un animal de encargo. Había acordado buen precio. Su padre jaló los rombos, recuerda, con la fuerza de sus manos duras, y todos los remiendos se barrieron. Luego no le dijo nada. Pero lo vio caminar hasta el tapanco, y traer de regreso el trozo de trasmallo emplomado que usaba para matar a las culebras.

Una alondra que había quedado rezagada se sumerge en el agua quieta. Irrumpe moviendo el pico y luego se funde en la claridad de la tarde.

Sentado en el taburete, Davicito se retuerce. Siente el cuerpo entumido. Mete la aguja, sin ganas, e intenta formar de nuevo un rombo. No puede. Mueve la aguja como antes, como cuando hacía bien el trabajo, y por más que la dirige hasta tres veces por el mismo hoyo no logra zurcir alguno. Se pone triste. Sabe que su cabeza está del otro lado de la laguna, donde los hombres juegan al fútbol. Lleva bien la cuenta de los goles que le han metido a su equipo. Allá está toda su atención. No guarda aunque sea tantita para coser el chinchorro.

Hubo un tiempo, no hace mucho, en que fue feliz. Eran los días cuando estaba su madre. Ella preparaba la comida, y remendaba también los hoyos que dejaban las jaibas. Su padre se la pasaba contento entonces. Hasta iba por él a la escuela. Pero un día la madre se marchó. Su padre lo llevó a buscarla en las otras rancherías, hasta que dieron con alguien que les dijo que se había ido con un soldado. Entonces se acabaron los días felices.

Pequeñas olas se forman en la superficie. El viento las pasea durante un rato y luego las hace invisibles bajo los lirios. El sol comienza a caer en la laguna.

Davicito se mira las manos, amoratadas. De pronto piensa que antes eran buenas; pero que ahora se han encariñado con la textura del balón. Es lo que pasó, dice. El maestro de escuela le ha prometido unos guantes, como los de Jorge Campos. Le ha dicho que se los va a traer cuando vaya a Tomatlán. Y entonces, imagina, cuando ya tenga los guantes, podré otra vez apretar los remiendos. Y su padre no se molestará más con él. Es lo que piensa. El maestro le dijo que iría a Tomatlán en unas semanas. Es cosa de esperar.

Toma el chinchorro entre sus manos. Lo acaricia. Está frío, dice. No es como el balón. Cree que alguien le regaló un don en sus manos, que puede distinguir el alma de las cosas. Está muerto, dice. Una cosa muerta no puede servir para nada. No tiene caso que siga intentando componerlo, dice. Mira al chinchorro y siente ganas de llevarlo al otro lado, donde juegan los hombres, y ponerlo como malla en una de las porterías. Sonríe. La idea lo seduce. Alza la cabeza y mira la naranja redonda que se va ocultando ya en la laguna.

Davizón regresará dentro de un rato. Bajará de la panga y caminará en dirección de la enramada, erguido. Empujará a su hijo del taburete y revisará rabioso los remiendos. Luego irá por el trasmallo. El que usa para matar a las culebras.

Davicito echa una mirada a los hombres. Cree entender que uno de ellos le hace señales con la mano. Quiere descolgar el chinchorro, pero advierte que eso le quitaría tiempo. Sube en la panga y rema. El hombre que le hacía señales lo recibe con una sonrisa. Es su maestro. Le pone un brazo sobre los hombros y lo invita a colocarse en la portería. Davicito está extasiado. Recibe el balón del maestro, como

invitándolo a que despeje, pero no lo hace. Primero reconoce su textura, sonrío, lo gira entre sus manos, lo huele. El balón no se maltrata, dice, se trata con suavidad. El maestro debería saber que yo lo trato con cariño, piensa, y descarga con ternura el balón a su derecha, donde un compañero. Sonríe. Después hace unas paradas. Y ya no permite que a su equipo le metan otro gol. Es tanta su felicidad que, en los minutos siguientes, no se le ocurre ver el camino de terracería.

El maestro, desentendido del juego, se queda a mitad de la cancha, mirando hacia su portería. Davicito lo advierte y piensa que le apunta con la mano para que mire hacia atrás. De pronto, como el ataque de un caimán, siente que alguien le toma los brazos y se los cruza con fuerza sobre su espalda. Luego lo hace caminar a trompicones y lo sube con violencia a una de las canoas.

Davizón rema, sentado en uno de los extremos. ¿Usted no sabe seguir indicaciones, verdad?, le dice. ¿Ve cómo se gana mi maltrato, lo mira usted? Davicito está aterrado. Imagina lo que le espera cuando lleguen a la orilla. Vuelve la mirada, como buscando una esperanza, y cree entender que el maestro toma otra canoa y rema detrás de ellos. Davizón no lo advierte. A pocos metros de la playa, deja un remo en la cubierta y se para junto a la proa con el otro. Davicito mira el remo. Piensa que puede tomarlo. No me verá, dice. Pero algo lo detiene. Él es portero. Si tuviera los guantes, dice, tendría el poder de Jorge Campos. Entonces tomaría el remo. Pero no lo usaría para atacar. Yo soy portero.

Davizón ancla la canoa en la playa. Camina lleno de furia. Ande, dice, que le voy a enseñar cómo se educa a los de su calaña. Deja unas huellas profundas en la arena, mientras se dirige al tapanco, y regresa con el trasmallo emplomado en una de las manos.

Anteponiendo su cuerpo al de Davicito, el maestro aparece. Buenas, don David, dice. Davizón se detiene, lo mira unos minutos, con respeto, pero advierte: No es cosa de su incumbencia, maestro. Es entre él y yo. Davicito atiende una voz que le ordena subir a la canoa. Váyase, escucha.

Sube de prisa, confundido, tropieza. Ya dentro de la panga toma los remos y se aleja. Pocos minutos después vuelve la mirada. El sol se ha escondido; pero en la playa alcanza a distinguir forcejeos. El crepúsculo funde a su padre y al maestro en única figura, monstruosa, que rueda por la arena, vomitando sangre, y cae en la parte de la laguna habitada por el lirio, donde placen los caimanes.

Davicito no quiere ver. Lloro. Entonces decide que sólo debe remar. Remará hasta los hombros, y seguirá, caminará hasta la próxima rancharía, y a la otra, y a las que sean necesarias. No parará hasta encontrar a su madre, porque sabe que la va a encontrar, y entonces le contará todo lo que ha pasado, y ella lo entenderá, está seguro de que ella lo entenderá. Guarda confianza. Espera convencerla. Ella entenderá que soy portero, dice, y que me faltan unos guantes. Se los comprará, está seguro. Unos guantes de portero, como los de Jorge Campos. ■■■